

particulares, expongo en mi argumentación que se podía proceder con la duquesa de Berry por medidas arbitrarias, considerándola como prisionera de policía, de guerra, de Estado, ó pidiendo á las cámaras un *bill de attainder*; que podía someterla á la última competencia de las leyes, aplicándola la ley excepcional Briquerville ó la comun del código; que podría considerarse su persona como sagrada é inviolable.

Los ministros sostenían la primera opinión, los hombres de julio la segunda, los realistas la tercera. Recorro esas diversas suposiciones, y demuestro que si la duquesa de Berry había penetrado en Francia, no había sido atraída sino porque oía á las opiniones pedir otro presente, llamar otro porvenir.

La revolución de julio, nacida de las jornadas de julio, é infiel á su extracción popular, ha repudiado la gloria y hecho la corte al oprobio. La libertad, á excepción de algunos corazones dignos de prestarle asilo, convertida en objeto de irrisión de aquellos mismos que hacían de ella su grito de unión; esa libertad, que unos cuantos titiriteros se envían á patadas de unos á otros; esa libertad, estrangulada después de marcada con el torniquete de las leyes excepcionales, transformará en su aniquilamiento la revolución de 1830 en un cínico engaño.

En este estado, y para libertarnos á todos, ha llegado la duquesa de Berry. La fortuna le ha hecho traición: un judío la vendió, y un ministro la compró. Si no se quiere proceder contra ella por medidas de policía, no queda mas que llevarla ante el tribunal de *assises*. Lo supongo así, y presento en escena al defensor de la princesa: luego, después de haber hecho hablar á este, me dirijo al acusador:

«Abogado, levantaos:

«Establecido debidamente que Carolina Fernanda de Sicilia, viuda de Berry, sobrina de la difunta María Antonieta de Austria, viuda de Capeto, es culpable de reclamación cerca de un hombre reputado por tío y tutor de un huérfano llamado Enrique, cuyo tío y tutor sería, según el dicho calumnioso de la acusada, detentador de la corona de un pupilo que pretende impudicamente haber sido rey desde el día de la abdicación del que fue Carlos X, y del ex-delfín hasta el día de la elección del rey de los franceses.

«En apoyo de vuestro alegato, que los jueces hagan comparecer primero á Luis Felipe, como testigo de cargo ó de descargo, si no prefiere recusarse como pariente. En seguida que los jueces careen con la acusada al descendiente del gran traidor, que el Iscariote en quien entró Satanás, *intravit Satanas in Judam*, diga cuántos dineros recibió por la venta, etc.

«Luego, después del exámen pericial de los sitios, se demostrará que la acusada ha estado seis horas en la boca de fuego, en un espacio demasiado estrecho, en donde apenas podían respirar cuatro personas, lo que ha hecho decir afrentosamente á la torturada que se le hacía la guerra á lo San Lorenzo. Ahora bien, empujada Carolina Fernanda por sus cómplices contra la losa ardiente, prendió el fuego por dos veces á sus vestidos, y á cada golpe que los gendarmes daban por fuera al hogar abrasado, se extendía la conmoción al corazón de la delincuente, haciéndole arrojar vómitos de sangre.

«Luego, en presencia de la imagen de Jesucristo, se depositará como prueba de convicción sobre la mesa el vestido quemado, porque es preciso que haya siempre una vestidura jugada á la suerte en estas ventas de Judas.»

La duquesa de Berry fue puesta en libertad por un acto arbitrario del poder, y cuando se creyó haberla deshonrado. El cuadro que yo trazaba del proceso hizo conocer á Felipe la odiosidad de un juicio público, y

le determinó á una gracia á la que pensaba haber asociado un suplicio. Los paganos, en tiempo del reinado de Severo, arrojaron á las fieras una joven cristiana nuevamente libertada. Mi folleto, del que no quedan hoy mas que frases, tuvo su resultado histórico importante.

Todavía me conmuevo al copiar el apóstrofe que termina mi escrito: confieso que esto es un gasto loco de lágrimas.

«Ilustre cautiva de Blaye. ¡Señora! que vuestra heroica presencia en una tierra que sabe apreciar el heroísmo, induzca á la Francia á repetiros lo que mi independencia política me ha dado derecho á decir: ¡Señora, vuestro hijo es mi rey! Si la Providencia me impone algunas horas, ¿veré vuestros triunfos después de haber tenido el honor de abrazar vuestras adversidades? ¿Recibiré yo ese premio de mi fe? En el momento en que volviérais dichosa, iría yo con placer á terminar en el retiro días principados en el destierro. ¡Ay! me desconsuela no poder nada por vuestros presentes destinos! Mis palabras se pierden inútilmente alrededor de las murallas de vuestra prisión: el ruido de los vientos, de las olas y de los hombres al pié de la fortaleza solitaria, no dejará subir hasta vos estos últimos acentos de una voz fiel.»

#### MI PROCESO.

Paris marzo de 1855.

Habiendo repetido algunos diarios la frase: *Señora, vuestro hijo es mi rey*, se les ha perseguido por delito de imprenta, y yo me he hallado envuelto en la persecución. Esta vez no he podido declinar la competencia de los jueces, porque yo debía intentar salvar con mi presencia á los hombres acriminados por causa mía, y se hallaba empeñado mi honor en responder de mis obras.

Además la víspera de mi citación ante el tribunal, *El Monitor* había insertado la declaración de la señora duquesa de Berry, y si yo me hubiese ausentado, se habría creído que el partido realista retrocedía, que abandonaba al infortunio y se avergonzaba de la princesa cuyo heroísmo había celebrado.

No faltaban consejeros tímidos que me excitaban á que no compareciese, diciéndome que me pondría en grande apuro la frase: *Señora, vuestro hijo es mi rey*. — «La proclamaré en voz mas alta aun,» les respondí. Me dirigí, pues, al tribunal, constituido en la sala misma donde había estado en otro tiempo el tribunal revolucionario, donde había comparecido María Antonieta, y donde fue sentenciado mi hermano. La revolución de julio ha hecho quitar el Crucifijo, cuya presencia, consolando al inocente, hacía temblar al juez.

Mi comparecencia ante los jueces ha producido un efecto feliz; ella ha contrabalanceado por un momento el efecto de la declaración del *Monitor*, y mantenido á la madre de Enrique V en el rango en que la había colocado su valerosa aventura: se ha dudado cuando se ha visto que el partido realista osaba arrostrar el acontecimiento, y no se daba por derrotado.

Yo no había querido abogado; mas Mr. Ledru, que se había unido á mí cuando mi detención, ha querido hablar; pero se ha turbado causándome mucha pena. Mr. Berryer, que defendía á la *Quotidienne*, ha tomado entonces, aunque indirectamente, mi defensa. Al fin de los debates, yo apelé del jurado la *pairia universal*, lo que no contribuyó poco á la absolución de todos.

¡Nada notable ha ocurrido en este procedimiento seguido en la terrible cámara en que resonó la voz de Fouquier-Tinville y de Danton; no ha habido de

divertido mas que el argumento de Mr. Persil: queriendo demostrar mi culpabilidad, citaba esta frase de mi folleto: *Es difícil destrozarse lo que se aplasta bajo los piés*: «Conoced, señores, decía, todo lo que hay de despreciativo en este párrafo: *Es difícil destrozarse lo que se aplasta bajo los piés*:» y hacia el movimiento de un hombre que rompe con sus piés alguna cosa. Y volvía á repetirlo triunfante, y continuaban las risas del público, sin que este buen hombre se apercibiese ni del contento del auditorio cada vez que pronunciaba de nuevo la desdichada frase, ni del completo ridículo en que se ponía pateando con su toga negra, como si estuviese bailando, mientras que su rostro estaba pálido de inspiración y sus ojos extraviados de elocuencia.

Cuando los jurados volvieron del lugar de su deliberación y pronunciaron *no es culpable*, hubo grandes aplausos y fui rodeado por los jóvenes que se habían puesto trajes de abogado para entrar. Mr. Carrel estaba también entre ellos.

La multitud se agolpó á mi salida, y en el patio del palacio hubo una riña entre mi escolta y los agentes municipales. En fin, con gran trabajo conseguí llegar á mi casa, en medio de la multitud, que acompañaba mi fiacre gritando: ¡*Viva Chateaubriand!*»

En otro tiempo hubiera sido muy significativa esta absolución, porque declarar que no era culpable el decir á la duquesa de Berry. *Señora, vuestro hijo es mi rey*, era condenar á la revolución de julio; pero hoy no significa nada esta sentencia, porque en ninguna cosa hay opinión fija ni estabilidad. En veinte y cuatro horas todo cambia, y mañana seré quizás condenado por el mismo hecho por que me han absuelto hoy.

He ido á dejar una tarjeta en casa de los jurados, y particularmente en casa de Mr. Chevet, uno de los miembros de la *pairia universal*.

Había sido mas fácil al honrado ciudadano hallar en su conciencia una sentencia á mi favor, que lo que me hubiera sido á mí hallar en mi bolsillo el dinero necesario para añadir á la felicidad de la absolución el placer de hacer en casa de mi juez una buena comida. Mr. Chevet ha pronunciado con mas equidad sobre la *legitimidad*, la *usurpación* y el autor de *El Genio del cristianismo*, que muchos publicistas y censores.

#### POPULARIDAD.

Paris abril de 1855.

La memoria sobre el cautiverio de la señora duquesa de Berry me valió una inmensa popularidad en el partido realista. De todas partes me enviaron diputaciones y cartas de felicitación. Del Norte y del Mediodía de la Francia recibí adhesiones cubiertas de muchas firmas. En todas ellas se pedía, refiriéndose á mi folleto, que se pusiese en libertad á la duquesa de Berry. Mil y quinientos jóvenes de París vinieron á cumplimentarme, no sin gran conmoción de la policía; también recibí una copa de plata sobredorada con esta inscripción: *A Chateaubriand, los fieles villanoveses*. (Lot y Garona.) Una ciudad del Mediodía me ha enviado muy buen vino para llenar esta copa, pero yo no bebo. En fin, la Francia legitimista ha tomado por divisa estas palabras. *Señora vuestro hijo es mi rey*, y muchos diarios la han adoptado por epigrafe, y se ha grabado también sobre collares y sortijas. Yo soy el primero que he dicho á la faz de la usurpación una verdad que ninguno se atrevía á decir; y, ¡cosa extraña! yo creo menos que nadie en la vuelta de Enrique V.

Por lo demás, yo no entiendo la palabra *usurpación* en el estrecho sentido que le da el partido realista; habría mucho que decir sobre esta palabra como so-

bre la de *legitimidad*; pero hay verdadera usurpación, y usurpación de la peor especie, en el tutor que despoja al pupilo y proscribire al huérfano. Todas las sonoras frases *de es necesario salvar á la patria* son pretextos que suministra á la ambición una política inmoral. En verdad, no hay que considerar la cobardía de vuestra usurpación como un esfuerzo de virtud ¡Sois, por ventura, un nuevo Bruto sacrificando sus hijos á la grandeza de Roma?

He podido comparar en mi vida la fama literaria y la popularidad: la primera me ha agradado durante algunas horas; pero este amor á la fama ha pasado pronto. En cuanto á la popularidad, ella me ha hallado indiferente, porque en la revolución he visto muchos hombres rodeados de estas masas, quienes después de haberlos levantado sobre sus hombros los han echado á rodar por el suelo. Demócrata por naturaleza, aristócrata por costumbres, yo abandonaría voluntariamente mi fortuna y mi vida al pueblo con tal de tener poco contacto con la multitud. Sin embargo, fui en extremo sensible al movimiento de los jóvenes de julio que me llevaron en triunfo á la cámara de los Pares, y esto no porque me llevaron como su jefe, ni porque yo pensase como ellos, sino únicamente porque hacían justicia á un enemigo y recocían en mí á un hombre de libertad y de honor: esta generosidad me conmovió. Pero esta otra popularidad que acabo de adquirir en mi propio partido no me ha causado emoción: entre los realistas y yo hay ciertos motivos de frialdad: queremos, es cierto, el mismo rey; pero en todo lo demás nuestros deseos y nuestras miras son opuestas.

ENFERMERÍA DE MARÍA TERESA.—CARTA DE LA SEÑORA DUQUESA DE BERRY DESDE LA CIUDADELA DE BLAYE.

Paris, calle del Infierno,  
9 de mayo de 1855.

He referido los últimos hechos hasta este día, ¿Podré al fin proseguir mi trabajo? Este trabajo consiste en coordinar y acabar las diversas partes de estas *Memorias*, incompletas aun. Me costará alguna dificultad el emprenderlo de repente, porque las cosas del momento me ocupaban demasiado la cabeza: no estoy en disposición de sacar á mi pasado de la calma en que duerme, por agitado que fuese cuando se hallaba en estado de vida. He tomado la pluma para escribir, ignoro sobre qué y á propósito de qué.

Recorriendo con la vista el diario en que hace seis meses me doy cuenta de lo que me sucede, veo que la mayor parte de sus páginas están escritas en la calle del Infierno.

El pabellon que habito cerca de la barrera podía valer unos sesenta mil francos; pero en la época del mayor precio de los terrenos yo lo compré mucho mas caro, y no lo he podido pagar jamás. Se trataba de salvar la enfermería de María Teresa, fundada por los cuidados de Mad. de Chateaubriand, que se halla contigua al pabellon: una compañía de especuladores se proponía establecer un café y montañas rusas en dicho pabellon, cuyo ruido no hubiera convenido á los agonizantes del hospital.

¿No he sido feliz por mis sacrificios? Sin duda siempre hay felicidad en socorrer á los desgraciados, y yo partí gustoso con los necesitados todo lo que poseo; pero no sé si esta disposición benéfica llega en mí hasta la virtud. Yo soy bueno, á la manera que un sentenciado á muerte, que reparte y prodiga lo que no le servirá ya una hora después. En Londres, el paciente á quien se va á ahorcar vende su piel para beber; yo no vendo la mía; la doy gratis á los enterradores.

Una vez comprada mi casa, lo mejor que podía hacer

era habitarla, y la arreglé tal como se halla hoy. Desde las ventanas del salón se distingue en primer término lo que los ingleses llaman *pleasure ground*, especie de ante-escena, formada de un campo de césped y de un espeso bosque. Mas allá de este panorama hay otro terreno, separado del campo por una tapia blanqueada, en que se cultivan forrajes para el alimento de las caballerías de la enfermería. Tras de este campo hay otro, dividido también por una tapia, con claraboyas cubiertas de verdura entrelazada de rosas de Bengala, y en él un bosquecito, un prado y una calle de álamos blancos. Este sitio es en extremo solitario, y lejos de sonreírme como el rincón de Horacio, *angulus ridet*, me ha hecho llorar algunas veces. Los árboles son de mil clases diversas. Yo he plantado veinte y tres cedros de Salomón y dos encinas drúidicas que se burlan de la breve duración de su dueño: *Brevem dominum*. Una doble calle de castaños conduce desde el jardín superior al jardín inferior, y en el campo intermedio es muy rápido el declive del terreno.

Estos árboles no han sido escogidos por mí; como en *Valée aux Loups* en memoria de los lugares que he recorrido. Quien se complace en sus recuerdos, conserva esperanzas. Pero cuando no se tiene ni un hijo, ni juventud, ni patria, ¿qué gusto puede tenerse por los árboles, cuyas hojas, cuyas flores y cuyos frutos no son ya las cifras misteriosas que se emplean en contar las épocas de ilusión? En vano se me dice: «Os rejuveneceis»; Se cree acaso hacerme tomar por mis muelas de leche mi muela del juicio? Pero ni aun esta no me ha salido sino para comer un pan amargo, bajo el reinado del 7 de agosto. Por lo demás, mis árboles no se cuidan si sirven de calendario á mis placeres, ó de partida mortuoria á mis años, y crecen diariamente á medida que yo decaigo, y se casan con los del cercado de los Expósitos y los del boulevard del Infierno, que me rodea. No distingo ni siquiera una casa; á doscientas leguas de París estaría menos separado del mundo. Oigo balar á las cabras que amaman-tan á los niños expósitos. ¡Ah! Si yo hubiese estado como ellos en los brazos de San Vicente de Paul, hijo de una debilidad, oscuro y desconocido como ellos, yo sería hoy algún obrero sin nombre, sin tener nada que arreglar con la humanidad, y sin saber por qué ni cómo había venido á la vida, ni cómo ni por qué habría de salir de ella.

El derribo de una pared me ha puesto en comunicación con la enfermería de María Teresa, y me halló á la vez en un monasterio, en una granja, en un verjel y en un parque. Por la mañana me despertó al toque del Ave-Maria; desde mi lecho oigo el canto de los sacerdotes en la capilla, y desde mi ventana distinguo un calvario que se eleva entre un nogal y un cerezo; las vacas, los pollos, los palomos y las abejas andan por entre las lilas, los jazmines y las demás flores del jardín, por entre los rosales, los groseleros, las frambuesas y las legumbres de la huerta. Algunos de mis curas octogenarios se hallaron conmigo en el destierro: después de haber unido mi miseria á la suya sobre la yerba de Reusington, he ofrecido á sus últimos pasos los céspedes de mi hospicio, y arrastran por ellos su vejez religiosa como los plie-gues del velo del santuario.

Tengo por compañero á un gran gato gris, rojizo, de rayas transversales que nació en el Vaticano en la habitación de Rafael. Leon XII le crió entre los plie-gues de su manto, donde yo le había visto con envidia cuando me daba audiencia en calidad de emba-jador. Por la muerte del sucesor de San Pedro yo heredé el gato sin dueño, como he dicho ya al hablar de mi embajada en Roma. Se llama Miceto y por sobrenombre el *gato del papa*. En realidad de tal, gozaba de una gran consideración con las almas piadosas. Yo trato de hacerle olvidar el destierro, la capilla

sistina y el sol de la cúpula de Miguel Angel, sobre la cual se paseaba lejos de la tierra.

Mi casa y los diversos edificios de la enfermería, con su capilla y la sacristía gótica, se asemejan á una colonia ó á una aldea. En los días de ceremonia, la religión oculta en mi casa y la antigua monarquía en mi hospital, se ponen en marcha y procesiones compuestas de todos nuestros enfermos, precedidos por las jóvenes de la vecindad, pasan cantando por debajo de los árboles con el Santo Sacramento, la cruz y la bandera. Mad. de Chateaubriand sigue la procesion con el rosario en la mano, mostrándose orgullosa de su rebaño, objeto de su mas tierna solicitud. Los mirlos silban, los pajaros trinan y los ruiseñores compiten en su canto con los himnos religiosos. Me refiero aquí á las rogativas, cuya pompa campestre he descrito: de la teoría del cristianismo he pasado á la práctica.

Mi habitación da al Occidente y por la tarde la cima de los árboles, iluminados por detrás, graba su sombra negra y desigual sobre un horizonte de oro. A esta hora recobro mi juventud, y ella renueva los días pasados que el tiempo ha reducido á la nada de las sombras. Cuando las constelaciones atraviesan su bóveda azul, me acuerdo del espléndido firmamento que admiraba en los bosques americanos ó en el seno del Océano. La noche es mas favorable que el día á los recuerdos del viajero; ella le oculta los paisajes que le recordarian los lugares que habita, y no le deja ver mas que los astros que tienen un aspecto semejante bajo las diferentes latitudes del mismo hemisferio. Entonces reconoce las estrellas que contemplaba en tal país ó en tal época; los pensamientos que tuvo; los sentimientos que experimentó en las diversas partes de la tierra suben al cielo y se fijan en el mismo punto de él.

Nosotros no oímos hablar del mundo mas que en las dos cuestraciones públicas, y un poco los domingos, en cuyos días nuestro hospicio se convierte en una especie de parroquia. La hermana superiora pretende que las bellas señoras vienen á la misa con la esperanza de verme, ¡y economía industriosa! pone á contribucion su curiosidad: con la promesa de que me verán, las atrae al laboratorio y una vez cogidas en el lazo, les cede de buen ó mal grado por el dinero algunos dulces. Ella se sirve de mí para la venta del chocolate elaborado en beneficio de sus enfermos, como me asociaba Lamartiniere al despacho del agua de grosellas que vendia para el buen éxito de los amores. La santa mujer toma también plumas viejas del tintero de Mad. de Chateaubriand, y las negocia entre los realistas puros, afirmando que estas plumas preciosas han escrito la soberbia memoria sobre el cautiverio de la señora duquesa de Berry.

Algunos buenos cuadros de la escuela española é italiana, una virgen de Guerin, y la *Santa Teresa*, última obra maestra del pintor de Corina, es todo lo que tenemos de las artes. Por lo que hace á la historia, muy pronto tendremos en el hospicio á la hermana del marqués de Favras y la hija de Mad. Roland; la monarquía y la república me han encargado de reparar su ingratitud y de alimentar á sus inválidos.

Hay mucho empeño por entrar en María Teresa. Las pobres mujeres á quienes se obliga á salir cuando han recobrado la salud, se alojan en las inmediaciones de la enfermería, con la esperanza de volver á caer malas y de entrar de nuevo en ella. Nada se echa de menos en el hospital: la judía; la protestante, la católica, la extranjera y la francesa reciben allí los cuidados de una delicada caridad, que parece afectuoso parentesco; cada una de las afligidas cree volver á ver á su madre en su asistenta. He visto á una española, bella como Dorothea, la *perla de Sevilla*, morir á los diez y seis años enferma del pecho, felici-

citándose de su dicha en haber hallado este asilo de consuelo, y mirando risueña con sus grandes ojos negros medio velados por la muerte, su rostro pálido y flaco á la señora delina, que le preguntaba por su salud y le aseguraba que muy pronto sería curada. Ella espiró aquella misma tarde, lejos de la mezquita de Córdoba y de las orillas del Guadalquivir, su rio natal.—¿De dónde eres?—Española.—¿Española y aquí! (*Lope de Vega*)

Muchas viudas de caballeros de San Luis son nuestras huéspedes, y traen consigo lo único que les queda, los retratos de sus maridos con uniforme de capitán de infantería. Estos retratos y estos uniformes se colocan en el granero. Yo no puedo ver sin reírme su regimiento: si la antigua monarquía subsistiese, yo aumentaría hoy el número de estos retratos, y consolaría en algun corredor solitario á mis sobrinitos. «Es vuestro segundo tío, Francisco, capitán del regimiento de Navarra. Tenia mucho talento. En *El Mercurio* puso el logogrifo que comienza con estas palabras: *Volved á cortar mi cabeza*, y en el almanaque de las Musas la pieza fugitiva *El Grito del corazón*»

Cuando me cansan los jardines, me voy á la llanura de Montrouge. Yo he visto cambiar esta llanura; pero ¿qué no he visto yo cambiar? Hace veinte y cinco años que al ir á Mereville, al Marais y á *Valée aux Loups*, pasa a por la barrera del Maine, y no se distinguan á un lado y otro del camino mas que molinos, ruedas de gruas, agujeros de canteras y la era de Cels, el antiguo amigo de Rousseau. Desnoyer fabricó despues sus salones de cien cubiertos para los soldados de la guardia imperial que venían á trincar allí entre cada batalla ganada y cada reino abatido. Algunas casitas se levantaron alrededor de los molinos desde la barrera del Maine hasta la del monte Parnaso. Mas arriba se hallaba el molino Jansenista, y por contraste la casita de Lauzun. Despues de construidas las casitas, se plantaron acacias, sombra de los pobres, como el agua de Seti es el vino de Champagne de los mendigos. Un teatrillo atrajo á la poblacion nómada de los comediantes y titiriteros, y se formó una calle empedrada, con cancioneros y gendarmes, Anfiones y Cécropes de la policía.

Mientras que los vivos se establecían, los muertos reclamaban su lugar. Se formó, pues, un cementerio, en cuyo recinto se comprendió un molino arruinado, y á él lleva la muerte todos los días el grano que ha recogido; una simple tapia lo separa de los bailes, de la música y del teatro: los ruidos de un momento, los matrimonios de una hora, los separan del silencio sin término, de la noche sin fin y de las bodas eternas.

Yo recorro con frecuencia este cementerio menos viejo que yo, en que los gusanos que roen á los muertos no han muerto aun, y leo los epitafios. ¡Cuántas mujeres de diez y seis á treinta años han sido presa de la tumba! ¡Felices ellas, que no han vivido mas que durante la juventud! La duquesa de Gevres, última gota de la sangre de Du Guesclin, esqueleto de otra edad, duerme en medio de los durmientes plebeyos.

En este nuevo destierro tengo ya antiguos amigos: en él reposa Mr. de Lemoine, secretario de Mr. de Montmorin, que me fue legado por Mad. de Beaumont. Cuando yo estaba en París, me hacia gozar todas las tardes la sencilla conversacion que tanto me gusta, si se une á la bondad del corazón y á la firmeza del carácter. Mi espíritu fatigado y enfermo descansaba con un espíritu sano y tranquilo. Yo he dejado las cenizas de la noble protectora de Mr. Lemoine á orillas del Tiber.

Los *bulevares* que rodean la enfermería comparten mis paseos con el cementerio; ya no medito, pues no teniendo porvenir, no tengo tampoco sueños. Extraños

á las nuevas generaciones, yo les parezco una momia desnuda y todo polvo; apenas estoy cubierto ahora de un pedazo de los días pasados que el tiempo roe, como el heraldo de armas cortaba la armadura de un mal caballero. Me gusta estar aislado y habitar á un tiro de fusil de la barrera, á la orilla de una carretera y dispuesto siempre á partir. Desde el pié de la columna miliaria miro pasar al correo, imagen mia, como de mi vida.

Cuando yo estaba en Roma en 1828 formé el proyecto de construir en París, al extremo de mi ermita, un invernadero, un museo y una casita de jardinero, todo con las economías de mi embajada y los fragmentos de antigüedades hallados en mis excavaciones de Torre Vergata. Mr. de Polignac subió al ministerio, yo sacrifique á las libertades de mi país una posición que me agradaba, y vuelto á mi indigencia, vino á tierra mi plan: *Fortuna vitrea est*.

La mala costumbre de escribir ha hecho que emborrone el papel que tenia delante de mí. He tomado la pluma, ignorando lo que iba á decir y he formado esta descripción una tercera parte mas larga de lo que debiera ser: si tengo tiempo la acortaré.

Debo pedir perdón á mis amigos por la amargura de algunos de mis pensamientos. No sé reírme mas que con los labios; tengo esplin, tristeza física, una verdadera enfermedad: cualquiera que haya leído estas memorias habrá visto cuál ha sido mi suerte. Yo estaba aun en el seno de mi madre cuando me asaltaron los tormentos. He errado de naufragio en naufragio; siento que pesa una maldicion sobre mi vida, y que es un peso demasiado grande para esta casa de cañas. Que las personas que amo no crean he renegado de ellas; que me excusen y dejen pasar mi fiebre; fuera de sus accesos, mi corazón es todo suyo.

Llegaba á este lugar de estas páginas descosidas, revueltas sobre mi mesa y arrebatadas por el viento que entra por las ventanas de mi cuarto abiertas, cuando me entregaron la carta y la nota siguiente de la señora duquesa de Berry. Vamos: entremos aun otra vez en la segunda parte de mi doble vida, la parte positiva.

«En la ciudadela de Blaye,  
«á 7 de mayo de 1835.

«Me ha causado mucho pesar la negativa del gobierno á dejarnos venir á mi lado, á pesar de haberse-lo pedido ya dos veces. De las muchas vejaciones que me ha hecho sufrir, esta es la mas penosa para mí. ¡Tenia tantas cosas que deciros! ¡Tantos consejos que reclamar! Pero, pues que debo renunciar á veros, voy á intentar confiaros, por el único medio que me queda, la comision que queria daros y que espero desempeñareis, porque cuento absolutamente con vuestra adhesion hácia mí y vuestro afecto á mi hijo. Os encargo, pues, caballero, que tengais la bondad de ir á Praga y decir á mi familia que si hasta el día 25 de febrero me he negado á declarar mi matrimonio secreto, ha sido porque pensaba servir así mejor la causa de mi hijo y probar que una madre y una Borbon no temian exponer su vida. No pensaba publicar mi matrimonio hasta la mayor edad de mi hijo; pero las amenazas del gobierno y los tormentos morales llevados hasta su último extremo, me han obligado á hacer esta declaración. Ignorando la época en que se me restituirá mi libertad despues de tantas esperanzas frustradas, tiempo es ya de dar á mi familia y á la Europa entera una explicacion que desvanezca todas las suposiciones injuriosas. Yo habria querido poderla dar antes: pero una incomunicacion rigorosa, y la imposibilidad de entenderme con las personas de fuera, me lo han

impedido hasta ahora. Direis, pues, á mi familia que estoy casada en Italia con el conde Héctor Luchessi Palli, de los príncipes de Campo-Franco.

»Os suplico, Sr. de Chateaubriand, que manifestéis á mis queridos hijos toda mi ternura por ellos. Decid á Enrique que cuento mas que nunca con todos sus esfuerzos para hacerse cada día mas digno de la admiración y del amor de los franceses. Decid á Luisa cuán feliz sería en poder abrazarla, y que sus cartas han sido mi único consuelo. Rendid homenaje en mi nombre á los piés del rey, y ofreced mi tierna amistad á mi hermano y á mi buena hermana. Tened la bondad de comunicarme, adonde quiera que me halle, los votos de mis hijos y de mi familia. Encerrada en las murallas de Blaye, me

sirve de mucho consuelo el tener un intérprete como vos, que podeis contar siempre con mi afecto.

»MARÍA CAROLINA.»

»NOTA. Me ha causado mucha satisfacción la buena inteligencia que reina entre vos y el marqués de Latour-Maubourg, y la considero como muy favorable á los intereses de mi hijo.

»Podeis comunicar á la señora delfina esta carta. Asegurad á mi hermana que cuando me halle en libertad le enviaré al instante todos los papeles relativos á asuntos políticos. Todo mi deseo sería dirigirme á Praga en cuanto me hallase libre; pero los sufrimientos de toda clase que he experimentado han destruido



CHATEAUBRIAND VISITA Á LA DUQUESA DE SAINT-LEU.

de tal manera mi salud, que me verá obligada á detenerme algun tiempo en Italia para reponerme un poco y no asustar á mis pobres hijos. Estudiad el carácter de mi hijo, sus cualidades, sus inclinaciones y hasta sus defectos, y decid al rey, á la delfina y á mí lo que hay que corregir, que cambiar ó que perfeccionar en él haciendo tambien conocer á la Francia lo que debe esperar de su jóven rey.

»Por diversos conductos sé que el emperador de Rusia ha acogido muy bien las proposiciones del matrimonio de mi hijo con la princesa Olga. Mr. de Choulot os dará noticias mas exactas acerca de las personas que se hallan en Praga.

»Deseando continuar siendo francesa, os pido que

obtenais del rey me conserve mi título de princesa y mi nombre. La madre del rey de Cerdeña continúa llamándose princesa de Carignan, á pesar de haberse casado con Mr. de Moullar, á quien dió el título de príncipe. María Luisa, duquesa de Parma, ha conservado su título de emperatriz, sin embargo de haberse casado con el conde de Nieperg, y sigue siendo tutora de su hijo; sus demás hijos llevan el apellido de Nieperg.

»Os ruego salgais lo mas pronto posible para Praga, pues deseo vivamente que mi familia sepa todos estos detalles por vos.

»Deseo tambien que se ignore vuestro viaje, ó al menos que no se sepa que lleváis una carta mia, á fin de

que no se descubra mi único medio de correspondencia, que es tan precioso, aunque muy raro. El conde Luchessi, mi marido, es descendiente de una de las cuatro familias mas antiguas de Sicilia, las únicas que quedan de los doce compañeros de Tancredo. Esta familia se ha distinguido siempre por su noble adhesión á la causa de sus reyes. El príncipe de Campo-Franco, padre de Luchessi, era primer gentil-hombre de cámara de mi padre. El rey de Nápoles actual, que tenía una gran confianza en él, lo colocó cerca de su jóven hermano el virey de Sicilia. No os hablo de sus sentimientos, porque son enteramente conformes á los nuestros.

»Convenida de que el único medio de ser comprendida por los franceses es hablándoles el lenguaje del honor y haciéndoles ambicionar la gloria, yo había tenido el pensamiento de señalar el principio del reinado de mi hijo por la reunion de la Bélgica á la Francia. El conde Luchessi fue encargado por mí de hacer las primeras indicaciones respecto á esto al rey de Holanda, así como el príncipe de Orange, y contribuyó poderosamente á que fuesen bien acogidas. No he tenido la suerte de terminar este tratado, objeto de todos mis deseos; pero creo que tiene aun algunas probabilidades de éxito: antes de dejar á la Vandée di al mariscal Bourmont mis poderes para



LUIS NAPOLEON.

proseguir este negocio. Nadie mejor que él puede llevarlo á buen término, porque goza de mucha estimación en Holanda.

»En la incertidumbre de si podré escribir al marqués de Latour-Maubourg, tratad de verle antes de vuestra partida. Podeis decirle todo lo que creais conveniente, pero bajo el mas absoluto secreto. Convenid con él en la direccion que debe darse á los periódicos.

«M. C.»

#### REFLEXIONES Y RESOLUCION.

La lectura de estos documentos me conmovió mucho. La hija de tantos reyes, la mujer que había descendido de tanta altura, despues de haber cerrado los oídos á mis consejos, tenía el noble valor de dirigirse á mí y de perdonarme que hubiese previsto el mal éxito de su empresa: su confianza, honrándome, me llegaba hasta el corazón. La princesa de Berry me había juzgado bien: la naturaleza misma

de aquella empresa, que se lo había hecho perder todo, no me alejaba de ella. Jugar un trono, la gloria, el porvenir, un gran destino, no es cosa vulgar: el mundo comprende que una princesa puede ser una madre heroica. Pero lo que es necesario entregar á la execración pública; de lo que no hay ejemplo en la historia, es el tormento impúdico infligido á una débil mujer, sola, privada de recursos, abrumada por todas las fuerzas de un gobierno conjurado contra ella, como si se tratase de vencer á una potencia formidable; es ver á los parientes entregando ellos mismos á su pariente á la risa de los lacayos, teniéndola por los cuatro miembros, á fin de que pariese en público, llamando á las autoridades del distrito, á los carceleros, á los espías, á los pasajeros, para que viesan salir al niño de las entrañas de su prisionera, lo mismo que si se hubiese llamado á la Francia á ver nacer á su rey. ¿Y qué madre? La madre del huérfano desterrado, á quien se ha usurpado el trono. ¿Se hallaría en los presidios una familia bastante mal nacida á quien se ocurriese el pensamiento de deshonrar á